Papel Carbón
Fernando Iwasaki

Editorial *Páginas de Espuma*

Papel Carbón reúne los primeros libros de relatos de Fernando Iwasaki –*Tres noches de corbata* (Lima, 1987) y *A Troya, Helena* (Bilbao, 1993)– dos títulos donde los lectores del narrador peruano podrán reconocer los temas, el humor, la prosa coruscante y las múltiples referencias culturales que caracterizan la obra de uno de los autores fundamentales del cuento contemporáneo en lengua española.

Rescatamos así *Tres noches de corbata*, libro que dialoga con los precoces volúmenes de relatos de un pequeño grupo de escritores españoles y latinoamericanos nacidos en la década del 60, como *Alguien te observa en secreto* (1985) de Ignacio Martínez de Pisón, *Ligeros libertinajes sabáticos* (1986) de Mercedes Abad, *Los laberintos invisibles* (1986) de Guillermo Busutil, *Debería caérsete la cara de vergüenza* (1986) de Sergi Pàmies, *El móvil* (1987) de Javier Cercas,

Veinte cuentos cortitos (1989) de Iban Zaldua, *Infierno grande* (1989) de Guillermo Martínez y *Cuentario* (1989) de Jorge Eduardo Benavides, todos tecleados a máquina y todos copiados con papel carbón.

El autor: Fernando Iwasaki (Lima, 1961)

Es autor de más de veinte títulos de diversos géneros como las novelas *Neguijón* (2005) y *Libro de mal amor* (2001); los ensayos *Nabokovia Peruviana* (2011), *Arte de introducir* (2011), *rePUBLICANOS* (2008), *Mi poncho es un kimono flamenco* (2005) y *El Descubrimiento de España* (1996); las crónicas reunidas en *Una declaración de humor* (2012), *Sevilla, sin mapa* (2010), *La caja de pan duro* (2000) y *El sentimiento trágico de la Liga* (1995), y de los libros de relatos España, aparta de mí estos premios (2009), *Helarte de amar* (2006), *Ajuar funerario* (2004), *Un milagro informal* (2003), *Inquisiciones Peruanas* (1994), *A Troya, Helena* (1993) y *Tres noches de corbata* (1987). Es editor de la antología mexicana del cuento andaluz Macondo boca arriba (2006) y de *Papel Carbón* (2012), volumen que reúne los relatos que escribió a máquina entre 1983 y 1993. Con Jorge Volpi ha coeditado la edición comentada de los *Cuentos completos* (2009) de Edgar Allan

Poe y con Gustavo Guerrero la antología francesa de relato hispanoamericano *Les bonnes nouvelles de l'Amérique latine* (2010).

De Fernando Iwasaki y su narrativa breve se ha escrito:

"Los cuentos de Fernando Iwasaki me hacen pensar en Augusto Monterroso, en Juan José Arreola, por momentos en Jorge Luis Borges. Su compatriota Julio Ramón Ribeyro anda por algún lado. Y Felisberto Hernández, el de Montevideo, no anda demasiado lejos", **Jorge Edwards**.

"En sus cuentos la insolencia es una cualidad estética, una forma de rozar la verdad", **Alonso Cueto**.

"Es uno de los pocos escritores latinoamericanos capaces de unir la inteligencia y el humor de maneras tan inesperadas como estimulantes", **Jorge Volpi**.

"El estilo de Iwasaki, jocoso y elegante, es un homenaje al hedonismo verbal", **Andrés Neuman**.

"Fernando Iwasaki tiene una posición excelente como narrador: la posición de los escritores que merecen ser leídos, celebrados y recomendados", **Juan Bonilla**.

Un muerto en Cocharcas

La sala era más o menos grande y de un decorado sencillo donde abundaba el plástico y la loza barata, de esa que se usa para fabricar bacinicas. Sobre el pegajoso mantel de cuadritos celestes se hacinaban docenas de botellas de cerveza que debían haberse evaporado hasta impregnar la atmósfera de olor a borracho, y una radiola barata y chillona soltaba los compases de una huaracha estridente que al son de *Ahí viene, la chola caderooona, moviendo sus caderas al pasar*, le daba un toque surrealista al escenario del crimen.

En el dormitorio más grande estaba el cadáver del dueño del santo, horriblemente desfigurado por golpes y heridas de diversa índole: el cráneo estaba partido de cuajo, los dientes triturados se le amontonaban por la boca, un fino hilo de sangre le chorreaba a la altura del pecho y el ojo derecho chamuscado indicaba que le habían apagado un cigarro en plena pupila. Por supuesto, sin contar los hematomas, escupitajos y múltiples cortes que le daban un aire de cachivache al difunto.

–Por eso yo nunca celebro mi santo, sargento –intentó bromear el cabo Fiestas.

–¡Cállese la boca, Fiestas!, y vaya a interrogar a los detenidos –gruñó el sargento Temoche.

La ronda nocturna había sido apacible como de costumbre porque Cocharcas era un sitio tranquilo, pero al oír el griterío los guardias civiles entraron en el inmueble («manzana G lote 9, mi sargento») para ver qué ocurría. Nunca pensaron encontrar un espectáculo tan macabro. Al finado le habían metido un tremendo cachiporrazo en la mitra con una gata gigantesca que parecía de camión. En el suelo encontró una batería de carro toda abollada y a juzgar por el medio roponcito que sobresalía ensangrentado, también le habían ensartado el corazón con un palo de tejer («un verdadero anticucho», pensó Temoche). Nada que hacer. Al compadre se lo despacharon con todo.

Cuando entró a la sala de nuevo reparó en que nadie lloraba y que el ambiente era muy tenso, resignado y desafiante a la vez. Había dos mujeres y cuatro hombres que aguardaban en silencio, pero con la vista firme y el ceño fruncido. No era precisamente el velorio más sentido que Temoche había visto.

–¿No ha salido nadie de aquí en las últimas horas, cabo?

–No, mi sargento. Tenemos a todos los que estaban desde el principio. El que lo boleteó al dueño del santo tiene que ser uno de estos angelitos. Acá la señora es la viuda, la chica es la hija, este zambito es el novio, el otro es un cuñado, el señor dice que era compadre del muerto y este era su palanca porque el finado era microbusero. Si me permite, mi sargento, yo creo que este es el más sospechoso.

–¡Yo no he sido, jefe! –respondió el aludido.

–¡Usted se calla, carajo! –gritó Temoche–. Diga por qué lo acusa, cabo.

–Es que justo antes del crimen el palanca se trompeó con el muerto, mi sargento. Después el muerto se metió en su cuarto y ahí apareció muerto, señor.

–Los muertos no caminan, cabo Fiestas. Tiene que aprender a hablar como gente –acotó Temoche–. A ver... ¡tú¡, qué tienes que decir a esa vaina.

–¡Yo no fui, jefe! Es verdad que nos mechamos y que yo estaba bien achorado, pero yo lo hubiera matado con mis manos y no por la espalda como un rosquete, jefe. Acá toditos son testigos de cómo yo le saqué la mierda al muerto aquí mismito. Para qué lo iba a matar después, pe, jefecito.

–No te me hagas el pendejo, maricón –le dijo Temoche apuntándole con el índice–. Al muerto lo mataron con una gata de micro y tú eras su palanca. Tú pudiste sacar la herramienta del microbús para desahuevarlo.

–¡No. Verdad que no, jefe! –se defendió el acusado–. Si él era bien desconfiado. Hasta su cuarto se llevaba las herramientas del micro porque decía que yo me las iba a robar. ¡Por mi madre que yo no he sido, sargento!

–Ya vamos a hablar de nuevo, carajo. ¡Cabo! Dígame quién encontró el cadáver.

–Fueron los novios, mi sargento. Para mí que iban a echarse su polvo cuando los ampayó el muerto.

–¡Guárdese sus comentarios, Fiestas! ¿Para qué entraron al cuarto ustedes?, ¡carajo!, digo, ¿a qué hora entraron?

–Como a las diez y media, jefe –respondió el zambito–. Pero el señor ya llevaba adentro un ratazo. Además más antes había entrado su compadre.

–¡Ajá! Ya le va a tocar, ya le va a tocar. Pero tú –se dirigió Temoche a la chica–, ¿tú no lloras? Hay que ver, carajo. ¿lo desahuevan a tu viejo y tú estás como si nada?

–Yo no lo quería, señor. Él no me dejaba casarme con el Pocho –contestó la hija abrazándose al zambito–. Ni verlo me dejaba. Todo el tiempo le paraba pegando.

–Aaaaahhh, le pegaba, ¿no? –dijo Temoche cachaciento–. Ya te cagaron, cholito. ¿A lo mejor te descobraste rico, no?

–Yo no he sido, jefe. El viejo me tenía hambre, pero yo no he sido, sargento. Yo me quería casar con la Vanessa y él me tenía hambre, pero nada más, jefe.

Temoche recordó el palo de tejer con el roponcito todo lleno de sangre y comprendió la situación. Observó el vientre abultado de la chica y puso el dedo en la llaga:

–Qué pasó, ¿te la llenaste, pendejo?, ¿le metiste una intrapiernosa a la chiquilla y el viejo te la juró? Te has jodido, zambito. Ahora vas a cantar.

–Yo no he sido, jefe –sollozó el Pocho–. Además su compadre entró antes. Pregúntele a él, jefe.

–Vamos a ver, vamos a ver –dijo el sargento–. A ver, ¿quién es el famoso, compadre?

–El de la guayabera sucia, mi sargento –contestó el cabo Fiestas–. Y franco, franco que también tiene cara de malandrín.

–¡Ya le he dicho que se calle, cabo! Los comentarios en su barrio. ¡Usted!, venga pacá.

El compadre fumaba nervioso y le temblaban las manos, pero su aplomo era igual al del resto: ladino, hosco y farruco. El sargento lo tasó y trató de ponerlo en evidencia:

–Así que tú eres fumón, ¿no? Vicioso eres. ¿Por qué tienes dos cajetillas?

–Porque aquí en la familia nadies fuma, señor. ¿Eso es pecado, jefe? –quiso ser altanero el compadre–. Después de las ocho no se consiguen cigarros en Cocharcas. Por eso más antes me compré mis cajetillas.

–¿Y tú sabías que al muerto le apagaron un pucho en el ojo, papito? –atacó Temoche sin piedad–. ¿Tú no sabes que por lo que has hecho te pueden caer quince años? Solito te has jodido, huevón. Por dártelas de sapo te has cagado. Por pendejo.

–¡Yo no he sido, jefe!, ¡le juro que yo no he sido! –empezó a gemir el compadre–. Aquí el único que vino con intención de matar al muerto es su cuñado. Además él también fuma, pero nunca compra sus cigarros. Siempre anda pidiendo, pidiendo. Él dijo antes de la fiesta: «lo voy a matar a ese conchasumadre». Pregunte, pregunte, jefe. Va a ver que no miento, jefe.

–Aquí el que dirige el interrogatorio soy yo, mamón. ¿Me oíste? –rugió el sargento Temoche–. Ahora dime, ¿para qué entraste al cuarto, carajo?

–Yo le quería cobrar una plata que le presté al compadre para comprar su micro. Hace tiempo que le estaba cobrando, pero siempre me decía que la federación le había metido el dedo, que las letras las tenía que pagar en dólares, que por aquí que por allá. Me andaba cabeceando pues, jefe.

–Y por eso te lo bajaste, maricón.

–¡Yo no he sido, jefe!

–«Yo no he sido, jefe; yo no he sido, jefe» –lo remedó Temoche con voz nasal–. ¿Entonces, carajo, cuando tú entraste estaba vivo o estaba muerto? A ver, responde pues, mamerto.

–La verdad es que no sé, jefecito –barruntó el compadre–. Yo le hablaba, le hablaba, pero el compadre

estaba tirado en su cama sin decir ni michi. Yo no sé si se estaba haciendo el cojudo, si estaba borracho o si estaba privado por la bronca con su palanca. Pero yo no he sido, jefe.

–Ya eso se verá en tu juicio de aquí a cuatro años, huevón –se burló Temoche–. Mientras tanto te vas a podrir en Lurigancho. ¡Cabo Fiestas!, que venga el cuñado ese.

Un negro patibulario se puso de pie y le dirigió al sargento una mirada de asco, a la vez que mordía un fósforo con displicencia. El cabo añadió:

–Al registrar al detenido le he quitado estas cositas, mi sargentazo. Yo creo que con esto manca el negrito. ¡Buena, jefe!

–No seas sobón, Fiestas, que ya me estás llegando al níspero.

El sargento examinó los objetos que el cabo le puso sobre la mesa de cuadritos: un par de pilas grandes, una chaveta y un desarmador afilado. Recordó entonces sus peleas de barrio, cuando los chiquillos se ponían pilas en las manos para que los puñetes fueran más fuertes. También revisó la chaveta en busca de sangre, pero la encontró limpiecita. Si el cadáver no tuviera el palo de tejer incrustado habría sospechado del puntiagudo destornillador, pero el arma homicida estaba donde la dejó el asesino. De todas maneras tenía que hacer las preguntas de rigor:

–¿Es verdad lo que ha dicho el compadre, crolito? Te han tirado dedo, negro. ¿No te vas a defender?

–Es cierto, jefe –masculló el interrogado–. Todo Cocharcas sabía que yo quería matarlo al Eulogio, mi sargento.

–¿Y se puede saber por qué? –desafió Temoche al negro quitándole el fósforo de la boca–. ¿Así, de puro matón?, ¿bravo eres, negrito?

–No me hable así, mi sargento. Que eso no está en el reglamento –no se quedó el zambo.

–¿Qué sabes tú de reglamentos, conchatumadre? –se creció más Temoche.

–Yo soy sinchi, mi sargento. Yo sé cómo se interroga –volvió a retarlo el negro, ya achorado.

–Ustedes lo único que saben es matar, carajo. Primero disparan y después preguntan –se achoró más Temoche–. Por sus cojudeces es que nos matan los terrucos, carajo. Y ahora dime si eres tan macho, ¿por qué lo ibas a matar al muerto?

–Hable bonito pe, jefe –intervino el cabo Fiestas–. Qué es eso de «matar al muerto».

–¡Calla, conchatumadre! Estoy hablando con el detenido, carajo. Tiene dos días de guardia, cabo –se revolvió Temoche–. Ahora responde, huevón. ¿Por qué lo iba a matar al occiso?

–Porque era un jijuna, mi sargento –respondió el negro, un poco turbado–. Todo el tiempo le estaba sacando la mierda a mi hermana, acá la señora presente. Pero yo no he sido, mi sargento. Y eso que ganas no me faltaban.

–A ver enséñame tu mano, zambito... ¡la otra, la otra!, no te me hagas el pendejo.

El sinchi extendió sus manazas con algo de timidez y Temoche observó las manchas de grasa.

–¿Cómo te ensuciaste la mano, colega?, ¿ahora me vas a decir que cambiando la llanta o que te estás despintando? –preguntó Temoche con feroz ironía–. ¿No sabes que a tu cuñado le han roto la boca con una batería de carro? Por esta huevada y la posesión de armas blancas te vas a joder. Te vas a joder, cutato conchatumadre.

–Ya le dije que yo no he sido, mi sargento. Yo no soy mentiroso, mi sargento. Los sinchis nunca mienten –respondió rígido el acusado.

–Puta que sólo por chistoso te deberían meter preso, carajo –retrucó Temoche–. A ver, ¡que venga la doña!

La viuda avanzó hacia la mesa, donde las moscas se estaban rifando los huesos chupados de un pollo flaco. El sargento Temoche pensó que lo mismo estarían haciendo con el cadáver en el cuarto («no va a quedar ni para los gusanos», pensaba).

–¿Usted tampoco lo llora al muerto, no doña? –empezó Temoche.

–Por los condenados no se llora, señor. Ese maldito debe estar ahorita en el infierno hirviendo en caca. Bien hecho por desgraciado –replicó enfurecida la viuda.

–Aaaahh... ya veo que usted también lo quería mucho, señora –dijo Temoche con sorna.

–¡Nada!, ¡ni un poquito!, ¡ni así! –gesticuló la doña apretando el índice contra el pulgar–. Ese malparido sólo venía a esta casa para hacernos sufrir, para pegarle a su hija, para pegarle a su esposa. Con mujeres nomás se metía porque era un abusivo y un maricón.

–Y dígame, señora –inquirió Temoche–. ¿Usted sabe tejer?

–Ay, claro que sí, señor –contestó–. A punto y a crochet. Precisamente le estoy haciendo su chompita para el hijito de mi Vanessa. Es el primer nieto, señor.

–Aaaahhh... –abrió la boca el sargento– ¿y usted sabe dónde está su tejido ahorita?

–Esteeee... en mi cuarto, pues –respondió nerviosa la viuda–. Debe estar en el tercer cajón del comodín. Ahí lo guardo yo, señor.

–¿Así? –se burló Temoche–. ¿O sea que el asesino sabía dónde guardaba usted su tejido para clavarle un

palito al muerto? Entonces seguro que usted también sabía dónde guardaba la gata del micro su marido, ¿no señora?

–¡Mire, señor guardia! –saltó la vieja–. Yo no lo maté, porque si yo lo hubiera matado habría usado mis cosas de la cocina. Cada vez que ese desgraciado me pegaba yo me metía a mi cocina a cortar papa, a moler ajo, a freír cebolla, a partir zapallo y a pensar que lo estaba chancando a ese maldito hijo de puta. Yo tengo mi plancha, tengo mis cuchillos, tengo mis batanes y por último hasta kerosene tengo. No lo voy a matar pues con un palito de tejer, señor, cuando en mi cocina tenía tantas cosas para matarlo mejor.

A Temoche se le escarapeló el cuerpo y pensó en el muerto hecho un escabeche. Todos estaban locos, carajo. Todos querían matarlo y nadie lo había matado. «¿Quién chucha lo mató al muerto?», se preguntaba.

Mientras los patrulleros se llevaban a los detenidos, Temoche y el cabo Fiestas empezaron a intercambiar impresiones.

–¿Y tú qué piensas, Fiestas?, ¿quién crees que se cepilló al zambo?

–No sé, mi sargento. Está bien jodido, ¿no? Yo creo que entre el palanca y el sinchi está la cosa.

–¿Y por qué no el yerno, Fiestas?, ¿o el compadre?, ¿o la misma vieja loca con las ganas que le tenía? No, cabo, ese huevón estaba cagado con todos y lo pudo matar cualquiera. No sé... ¡chucha!, ya son las seis y veinticinco, Fiestas. Ahora mi mujer me va a sacar la mierda. A lo hecho pecho, carajo. Vámonos a tomar un cebichito con su pendejo de sirena aquí nomás en Agua Dulce.

El olor del mar disipó la modorra del sargento mientras veía las lanchas de los pescadores meciéndose entre

las olas. No lograba descifrar el misterio del asesinato y a la vez todo le parecía muy simple. Cada uno tenía sus propios motivos para matar al muerto y sin embargo todos declararon su inocencia con odio, con rencor y con cinismo. Era como el cebiche, donde cada ingrediente conservaba su saborcito y al mismo tiempo el picante del rocoto, la amargura del limón y un desprecio encebollado. Sí, carajo. El muerto le recordaba la leche de tigre: un zumo venenoso y ardiente, un concentrado maldito.

–¿Sabes una cosa, Fiestas? –masculló entre eructos Temoche.

–Dígame, mi sargento –contestó el cabo sin dejar de sorber el caldo del plato.

–Yo creo que a ese zambo lo mataron uno por uno. Osea, lo fueron rellenando de a poquitos. Cada vez que lo encontraban, ¡po, mierda!, le caía su huaracazo. No sé, carajo. Ya en la morgue nos dirán de qué murió, pero a lo mejor el conchasumadre hasta se murió de infarto después de la bronca y entonces ahí todos soltaron la mierda que tenían adentro. ¿Te das cuenta, Fiestas? Se descobraron con el cadáver como si fuera una piñata.

–Entonces estaba bien pues, jefe –dijo el cabo limpiándose la boca–. «Lo mataron al muerto», como yo dije.

–¡Carajo! –gruñó Temoche–. No te olvides de que estás castigado por payaso, Fiestas.

La resolana limeña comenzó a asfixiarlos y los dos guardias civiles se despidieron al llegar a la avenida Panamericana. Allí Temoche se subió al micro de Los Laureles y se bajó en Las Mercedes para tomar el Ikarus. ¿Qué chucha le diría a Hortensia? Las últimas tres noches ya se había inventado tres muertos para solapear

las verdaderas rondas de cerveza y la juerga, pero ahora ya no le iban a creer ni michi.

Las paredes color caca del zanjón lo fueron adormeciendo lentamente, y al llegar al Palacio de Justicia se cagó de risa pensando que tenía el mismo color de la vía expresa («caca por fuera y caca por dentro», murmuró). Subió por el jirón Lampa y se quedó mirando las fuentes de cebiche de los ambulantes, ahora repletas de moscas y seguro que en la misma leche de tigre de ayer y de anteayer. Se acordó del cadáver y le sobrevino otro eructo picante y con su espumita más.

Al llegar a su casa lo esperaba Hortensia con una cara de perro que le hizo recordar al teniente Sifuentes.

–¿Y, Lizandro? –le espetó furiosa–. ¿Y ahora a quién mataron anoche?

–A un zambo microbusero, Hortensita –contestó ofuscado.

–¡Ya me tienes harta, sinvergüenza!, ¡harta! ¿Me oíste? ¡Porque eres un mentiroso desgraciado! –le gritó hecha una energúmena.

–¡Ándate a la mierda, carajo, que tengo sueño y hoy no atiendo provincias! Además, la Guardia Civil nunca miente, ¿ya? «El honor es su divisa», hijita. Pa que lo sepas –respondió autoritario y cachaciento para encerrarse en su cuarto dando un portazo.

Ya en la cama empezó a sentir los primeros retortijones y maldijo al puesto de Agua Dulce donde había comido con el cabo Fiestas («Te jodiste, Natacha», dijo al desabrocharse el pantalón). Entonces pensó en Hortensia y se acordó que ella también sabía dónde guardaba las balas, la pistola y la metralleta. De pronto escuchó un batir de ollas, el vértigo filoso de la licuadora y un espeluznante escarceo de metales. En su memoria

reverberó una frase: «Si yo lo hubiera matado habría usado mis cosas de la cocina». Así que sacó la matraca coreana y se puso a dormir con el dedo en el gatillo. «Por si las huevas», pensó.

Lima, 1989